

ELIGIO R. MONTERO

# 1921

DIARIO DE UNA  
ENFERMERA



## ÍNDICE

Sinopsis  
Dedicatoria  
Citas

PRÓLOGO DEL CORONEL PIZARRO  
DIARIO DE LAURA DE LA GASCA MONTENEGRO  
    Parte I. Madrid, mayo de 1920 a julio de 1921  
    Parte II. Melilla, julio a octubre de 1921  
EPÍLOGO DEL CORONEL PIZARRO

Nota del autor y agradecimientos  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

---

El 22 de julio de 1921 llegan a Madrid las horribles noticias sobre el Desastre de Annual, una de las batallas más sangrientas a las que el Ejército español se enfrentó en el norte de África. Las Damas Enfermeras, jóvenes aristócratas formadas por la reina Victoria Eugenia, abandonan sus vidas de lujo y se movilizan para acudir en ayuda de los miles de heridos que colapsan los hospitales. Laura, una de ellas, se desplaza hasta allí en busca de respuestas sobre la repentina e inexplicable desaparición del capitán de aviación del que está enamorada. Pero lo que encontrará en Melilla no es lo que esperaba. El amor por su piloto se verá puesto a prueba cuando atienda a un misterioso héroe con el rostro vendado que no recuerda nada de su pasado.

**Laura se enfrentará a todo su mundo para atender los horrores de la guerra, recorriendo el camino que la llevará a ser una mujer, de verdad, libre.**

*A Rocío y a Marcos*

He tenido bajo mi responsabilidad más vidas humanas que ningún hombre o mujer antes. Y atribuyo mi éxito a esto: nunca doy o acepto una excusa. En eso veo mi diferencia con muchos hombres. Cuando ocurre un desastre, yo actúo y ellos buscan excusas.

«Carta a Miss H. Bonham Carter, 1861»  
FLORENCE NIGHTINGALE

La memoria cree antes de que el conocimiento recuerde. Cree mucho más tiempo que recuerda, mucho más tiempo del que tarda el conocimiento en preguntarse.

*Luz de agosto*  
WILLIAM FAULKNER

## PRÓLOGO DEL CORONEL PIZARRO

---

*Inglaterra, 1940*

*Melilla ya no es Melilla,  
Melilla es un matadero  
donde van los españoles  
a morir como corderos.*

Esta tonadilla es lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en el Desastre. No son los muertos y los heridos, ni las noticias que nos iban llegando a la Península, ni las posiciones rebosantes de cadáveres que se descubrieron al retomar el territorio, ni siquiera el momento terrible en que desenterramos el cuerpo de Laura junto a la carretera de Nador. Cuando dejo flotar la memoria a capricho y vuelvo a aquellos días, veo a unas niñas jugando a la comba mientras cantan esa canción.

Acababa de ser nombrado teniente auditor del Cuerpo Jurídico Militar y sabía que en un mes me enviarían a Melilla. No porque lo quisiera sino porque era el nuevo y allí nos enviaban, los mandos decían que a curtirnos, pero creo que era porque a nadie le gustaba un destino donde los lugareños te querrían ver muerto y tus compatriotas te querrían ver lejos. De hecho, oí a un legionario decir que preferiría vérselas de frente con toda la *harka* de Abd el-Krim antes que sentarse en la cantina junto a un picapleitos militar. Aun así, era un ascenso, estaba feliz e iba a celebrar el nombramiento con unos cuantos amigos en el Café Gijón.

Me crucé con esas niñas en el paseo de Recoletos. Teniendo en cuenta que Melilla era mi destino, no pude evitar

un estremecimiento. Las pequeñas, acabada la cancioncilla pero no el juego, volvieron a empezar:

*En el Barranco del Lobo  
hay una fuente que mana sangre  
de los españoles  
que murieron por la patria.*

*Pobrecitas madres,  
cuánto llorarán al ver  
que sus hijos en la guerra están.*

*Ni se lavan ni se peinan,  
ni se ponen la mantilla  
hasta que vuelvan sus novios  
de la guerra de Melilla.*

*Pobrecitas madres,  
cuánto llorarán al ver  
que sus hijos en la guerra están.*

*Melilla ya no es Melilla,  
Melilla es un matadero  
donde van los españoles  
a morir como corderos.*

Y así, una y otra vez, mientras saltaban y reían.

En el Barranco del Lobo, hacía ya doce años, habían muerto más de mil soldados españoles en una emboscada de las cabilas. La mayor tragedia de la guerra de África. El desastre con el que se medía cualquier revés. Pero en menos de una semana sería olvidado, igual que esa canción, para dejar lugar a otras sobre Annual. Una matanza diez veces mayor y una humillación mucho más devastadora, cuyas consecuencias aún sufrimos hoy.

Aunque no soy supersticioso ni creo en presagios, sigo recordando a esas niñas como un anuncio de lo que estaba por llegar.

El Desastre de Annual retrasó mi partida. En Melilla habían falta soldados, artillería, barcos y aviones, no abogados y fiscales. Cuando por fin llegué, lo hice para investigar la desaparición de Laura de la Gasca, dama enfermera de primera de la Cruz Roja e hija de uno de los empresarios más importantes de España.

Las pistas eran pocas y nadie parecía saber nada. Y así fue hasta que encontré el diario de Laura. Gracias a él dimos con los culpables de su muerte y encontramos su cuerpo.

La lectura del diario y la investigación de todo lo que había dejado atrás Laura me hicieron desarrollar un extraño y morboso afecto por esa joven tan bella y extraordinaria, pero enseguida tuve que archivarlo para unirme a la investigación del general Juan Picasso sobre la derrota de Annual. Un expediente cuyas conclusiones fueron tan duras y demolidoras para el alto mando que provocó un golpe de Estado militar. Solo las buenas relaciones de la familia de Laura, que así agradeció mi dedicación al caso, me evitaron caer en desgracia durante la dictadura de Primo de Rivera. Cuando se produjo el alzamiento de 1936 tuve la fortuna de estar destinado como agregado militar en la embajada de Londres, una forma de decir «espía» que ya no engaña a nadie, con lo que evité combatir contra mi propio país. Hoy colaboro en esa extraña pirueta del Gobierno del general Franco que consiste en hacer que España se lleve bien con Hitler y Churchill al mismo tiempo.

Como pueden ver, siempre me las había apañado para estar lejos de intrigas políticas, balas y bombas... hasta que una, alemana, estalló a mi lado cerca de la catedral de San Pablo.

Fue durante uno de los primeros días del *Blitz* y me enviaron a un hospital en las afueras. Allí, entre decenas de heridos, encontré a una persona que me hizo recordar lo vivido en Melilla. Alguien que sabía cosas sobre la muerte de Laura que yo ignoraba.

Por esa razón me he animado a liberar el diario del olvido, para verlo bajo esa nueva perspectiva. Si ahora divulgo sus secretos no es porque sea un chismoso, aunque un espía siempre ha de tener un poco de ello, sino porque ya ha pasado mucho tiempo y no hará daño a nadie.

Un amigo mío, que se cree literato pero aún no lo es, dice que casi todas las historias sobre jóvenes esconden a un adulto recordando su pasado, y que por eso resultan tan nostálgicas y amargas. No es el caso de Laura. Su historia esconde un futuro que, como tantos otros futuros soñados, no pudo ser. Ojalá que la luz que emanan sus páginas traiga algo de esperanza a esta época de tinieblas que nos ha tocado vivir.

Coronel Eugenio Ernesto González Pizarro  
Agregado militar de la embajada de España en Londres  
Hospital EMS de Watford, Hertfordshire  
15 de octubre de 1940

DIARIO DE LAURA DE LA GASCA MONTENEGRO

---

Parte I  
Madrid, mayo de 1920 a julio de 1921

*15 de mayo de 1920*

Este es un diario para el odio, el rencor y la ira; para la frustración, el resentimiento, la rabia, la inquina, el dolor y todos esos sentimientos que una señorita de bien, educada y de buena cuna, como tanto le gusta decir a mi madre que somos, no debe mostrar nunca en público, ni siquiera ante sus padres o el servicio en la intimidad de su propio hogar. Para esto te he comprado, querido diario, ¿no es así como se te llama, «querido diario»? para vomitar toda esta ponzoña en tus páginas y que no se quede dentro y me envenene.

Pues bien, querido diario, empecemos por mi hermana. Es seis años mayor que yo y sé que está mal que una señorita diga de otra que es una zorra, y más si es de su propia sangre, pero qué le voy a hacer si mi hermana es una redomada zorra. Y no lo digo porque venda su cuerpo por dinero, lo cual no sería tan criticable —cosas peores ha vendido mi familia para conseguir la fortuna de que tanto presume—, sino porque me ha vendido a mí y a cambio de bien poco. Además es frívola, insensible, voluble, egoísta, habla en voz demasiado alta y tiene una risa estúpida y escandalosa. Ni siquiera es guapa ni sabe vestir con gusto. Y es muy aburrida; su conversación no es interesante y lo que ella considera una aventura es ir a la casa de fieras del Retiro o acercarse hasta las fuentes de El Pardo a tomar el acero. Y, por si todo eso fuera poco, se llama Ana. No se me puede ocurrir un nombre más corto y más tonto. Hasta rima con hermana. Mi hermana Ana. Una rima interna. Qué horror...

Antes de contarte lo que me hizo, te pondré en antecedentes sobre mis padres, que tampoco se quedan cortos.

Mi padre, don Adolfo de la Gasca Uriarte, debe de ser uno de los empresarios más importantes del país. Lo supongo porque, al contrario que casi todos sus amigos, no presume de ello ni se dedica a hacer tantas visitas y llamadas como las que recibe. Y supongo que lo prefiere, porque es un hombre doméstico y de pocas palabras. Solo sale de casa para ir, muy de vez en cuando, al teatro con nosotras o a unas reuniones que tiene con sus amigos cada dos semanas. Le gusta despachar rápido con sus empleados y sus clientes y, en cuanto puede, se encierra en su despacho a estudiar sus libros de cuentas para pasar después, en la biblioteca, a libros de todo tipo. Allí es donde está más tiempo conmigo. Cada uno con su lectura, en silencio. A veces noto que me mira y, si le gusta lo que estoy leyendo, sonrío ligeramente. Esa es la muestra de afecto más grande de la que es capaz. Con ese carácter y esa pasión no sé cómo hizo para seducir a mi madre y tener dos hijas con ella. En la comida, como mucho, levanta la vista de su plato para murmurar «la comida está muy rica, querida», a lo que mi madre responde con gesto de agradecimiento como si fuese mérito de ella, ¡cuando lo ha hecho todo Rosalía, la cocinera!

Pero no te hagas la idea de que mi padre, desde su silencio, es un hombre de éxito hecho a sí mismo, pues, aunque la gestione con pericia, su fortuna la ha heredado. Se remonta a mi tatarabuelo, don Agustín de la Gasca. Según mi madre, comerciaba con países complicados; un eufemismo por «contrabandista». Lo que se calla es que traficaba con esclavos. Por ahí he leído que pusieron precio a su cabeza y que él, al saberlo, hizo que uno de sus propios hombres lo entregase y cobrara la recompensa. Luego se fugó y con ese dinero compró otro barco que lo hizo aún más rico y peligroso. Cuando dejó el contrabando y se volvió un

hombre de bien, fueron tantos los favores que hizo a la Corona que el rey Fernando VII le ofreció el título de conde. Don Agustín hizo sus números y al ver que el honor le costaría más dinero del que iba a darle, renunció. Por eso no somos condes, se lamenta mi madre. Mi tatarabuelo dejó los esclavos por la canela, no por moralidad, sino porque daba más dinero y menos problemas. Y a la canela la siguieron otras especias, algodón, café, tabaco... Hoy mi padre tiene más de cincuenta barcos, puestos comerciales por medio mundo y la asombrosa capacidad de dirigirlo todo sin salir de casa.

Mi madre, doña Adela Montenegro, está muy orgullosa de su apellido, aunque no deja de ser el nombre de un país muy pequeño y pobre que, desde hace un par de años, ni siquiera existe. Es orgullosa y presumida, pero he de reconocer que tiene de qué; es guapa y muy elegante. Y esa es su profesión: estar perfecta e impecable. No solo de aspecto, sino en todo lo que dice y hace. Vive la vida como si fuese un escaparate y todos fuesen a mirar y juzgar cada uno de sus actos..., y, conociendo a las que dicen ser sus amigas, seguro que es así. Se pasa horas acicalándose y aún más horas asistiendo a cuanta actividad caritativa se celebra en la ciudad: rastros, colectas y bailes benéficos en favor de hospicios, asilos, inclusas, hospitales, las Damas Enfermeras... Todos ellos sufragados por mi padre, claro, y ella siempre con una actitud intachable pase lo que pase a su alrededor. Ha intentado educarnos a mi hermana y a mí para que seamos idénticas a ella. Con mi hermana, más o menos, lo ha logrado. Conmigo...

Una cosa sí ha conseguido. Que sepa cuidar muy bien de mi apariencia y de mis modales, sobre todo ante ella. Aunque la autoridad es, en teoría, de mi padre, ante cualquier cuestión él responde invariablemente «Lo que diga tu madre», hasta cuando le pregunto por la hora o si hace buen tiempo. De su autorización depende que yo pueda salir de casa y tenga mi asignación, y de pequeña hasta